

tura de que no podía librarse. Cuando empezara la conversación, el médico observó que cada palabra parecía abrir una herida en el alma de su amigo; pero, á la vez, le admiró ver á éste completamente dueño de sí mismo: el monomaniaco furioso de la víspera sabía dominarse hasta cierto punto y disimular sus impresiones.

—Sí, yo mismo veo que ahora estoy casi curado—dijo Rascolnikof, abrazando á su madre y á su hermana, con una cordialidad que inundó de alegría el rostro de Pulqueria Alejandrovna.

—Hasta admiración he sentido al encontrarle tan bien—dijo Zosimof.—Si este alivio continúa, de aquí á tres ó cuatro días estará perfectamente, como se hallaba hace un mes ó dos..... ó quizá tres. Porque esta enfermedad se preparaba hacía tiempo. Confesad ahora que vos tuvisteis la culpa de que empezara—terminó el doctor con una contenida sonrisa, que indicaba su temor de irritar al enfermo.

—Es posible—respondió friamente Rascolnikof.

—Ahora que se puede hablar con vos—siguió Zosimof,—quisiera convenceros de que es necesario suprimir las causas primitivas á que se debe el desarrollo de vuestra enfermedad; si hacéis esto, os curaréis; si no, el mal siempre irá en aumento. Ignoro cuáles son estas causas primitivas; pero vos debéis conocerlas. Sois hombre inteligente, y con seguridad que las habréis notado. Opino que vuestra salud empezó á alterarse cuando dejasteis de ir á la Universidad. No podéis estar sin ocupación; os sería, pues, muy útil, á mi entender, el ejercicio de un trabajo cualquiera; bas-

taría que os propusieseis un fin y que le persiguierais con tenacidad.

—Sí sí, tenéis razón..... Volveré lo antes posible á la Universidad, y entonces todo irá divinamente.

El doctor había dado aquellos sabios consejos, en parte para producir efecto ante las señoras. Cuando concluyó y miró á su cliente, notando que el rostro de éste sólo expresaba una franca burla, quedó algo desconcertado. Pronto se consoló de tal decepción. Pulqueria Alejandrovna se apresuró á darle las gracias, declarándose muy agradecida por la visita de la noche anterior.

—¡Cómo! ¿Fué á veros anoche?—preguntó Rascolnikof inquietamente.—¿Luego no descansasteis después de un viaje tan fastidioso?

—¡Oh, todavía no eran las dos! Dunia y yo no nos acostamos nunca antes.

—No sé como agradeceróslo—continuó Rascolnikof, que, bruscamente, frunció el entrecejo é inclinó la cabeza.—Dejando aparte cuestiones de dinero, perdonadme que aluda á él—dijo á Zosimof;—no sé por qué he podido merecer de vuestra parte tanto interés. No lo comprendo..... y..... hasta diría que me pesa esta bondad, por lo mismo que resulta incomprendible para mí; ya veis que soy franco.

—No os preocupéis—dijo Zosimof haciendo que reía.—¡No olvidéis que sois mi primer cliente! Nosotros los doctores, cuando debutamos, cobramos afecto á los primeros enfermos que visitamos, como si fueran nuestros hijos; algunos hasta se enamoran en su noviciado.

—Y no hablemos de éste. . . . —agregó Rascolnikof señalando á Razumikin. —No hice otra cosa que insultarle y molestarle.

—¡Qué tonterías dice! ¡Por lo que veo—gritó Razumikin,—hoy estás sentimental!

De ser más perspicaz hubiera notado que, muy lejos de hallarse sentimental, su amigo se encontraba en muy diferente disposición de ánimo. Advotla Romanovna fué la única que no se engañó; llena de inquietud examinaba atentamente á su hermano.

—De vos, mamá, casi no me atrevo á hablar—siguió Rascolnikof, que parecía recitar una lección por la mañana aprendida.—Sólo hoy puedo imaginar cuánto debisteis sufrir ayer esperando mi vuelta.

Dichas estas palabras, sonrió y tendió bruscamente la mano hacia su hermana.

Tal ademán no fué acompañado de palabra alguna; pero la sonrisa del joven expresó una emoción verdadera, sin mezcla de fingimiento.

Alegre y agradecida, Dunia estrechó con fuerza la mano del enfermo. Era aquélla la primera muestra de atención que de él recibía desde la escena de la víspera. Testigo de la reconciliación muda de los hermanos, Pulqueria Alexandrovna tornóse radiante.

Razumikin se agitó vivamente en su silla.

—¡Le quería sólo por eso!—murmuró, en su tendencia á exagerarlo todo.—¡Qué arranques tiene!

—¡Y qué bien ha hecho!—pensó aparte la madre.—¡Qué nobles impulsos! Ese acto sencillo de tender la mano á su hermana, mirándola con cariño, ¿no era el

modo más franco y delicado de poner fin á la escena de la víspera?

—¡Ah, Rodia!—dijo, apresurándose á responder á la observación de Rascolnikof.—¡No puedes figurarte hasta qué punto fuimos desgraciadas tu hermana y yo! Ahora que acabó todo, que todos somos felices, puedo decírtelo! ¡Figúrate lo que pasaría por nosotras cuando se nos dijo que estabas enfermo!

—Sí, sí. todo eso es penosísimo.—murmuró él.

Pero dijo aquellas palabras con aire tan distraído, por no decir tan indiferente, que Dunetchka le miró con sorpresa.

—¿Qué es lo que aún tenía que deciros?—continuó, haciendo esfuerzos para acordarse.—¡Ah, sí! Os ruego, mamá, y á ti también, Dunia, que no creáis que he rehusado ir á veros, que haya esperado vuestra visita.

—Pero, ¿por qué dices eso, Rodia?—exclamó Pulqueria Alexandrovna, esta vez no menos admirada que su hija.

—Se diría que nos responde por simple cortesía—pensaba Dunetchka;—hace las paces y pide perdón como si cumplierse con una formalidad, como si repitiese una lección.

—Apenas despierto, traté de ir á vuestra casa; pero no tenía ropa que ponerme; ayer debí decir á Nastasia que lavara esa sangre. Hasta hace poco he tenido que esperar para vestirme.

—¡Sangre! ¿Qué sangre?—Preguntó alarmada Pulqueria Alexandrovna.

—Nada. . . . no os asustéis. Ayer, cuando deliraba, tropecé en la calle con un hombre que acababa de ser aplastado, y. . . .

—¿Cuándo delirabas? ¡Pero si de todo te acuerdas! —interrumpiéndole Razumikin.

—Verdad—respondió cuidadoso Rascolnikof.—De todo me acuerdo hasta en los menores detalles; pero me pasa algo extraño: no logro explicarme por qué hice tal cosa, por qué dije cuál otra, por qué fui á tal otra.

—Ese es un fenómeno conocidísimo—observó Zosimof.—El acto es á veces ejecutado con una rapidez y con una habilidad extraordinarias; pero la causa de que nacé se altera en el alienado y depende de diversos impulsos morbosos.

La palabra “alienado” produjo frío; Zosimof la había dejado escapar inconscientemente, entregado por completo al placer de perorar sobre su tema favorito.

Rascolnikof, absorto en una especie de contemplación, pareció no haber oído las palabras del doctor. Una extraña sonrisa flotaba sobre sus labios pálidos.

—Bueno, pero ¿y ese hombre aplastado? Te pregunté hace poco—se apresuró á decir Razumikin.

—¿Qué?—preguntó Rascolnikof, como si saliera de un sueño.—¡Ah, sí!... Pues me manché de sangre ayudando á transportarle á su casa... A propósito, mamá; ayer hice una cosa imperdonable; ni que hubiera perdido el juicio. A su viuda, para el entierro, le dí todo el dinero que me enviásteis. La pobre mujer es muy digna de compasión... está tísica... queda con tres hijos... y no tiene medios para alimentarlos... también

deja una hija... Quizá hubieseis obrado como yo ante aquella miseria. Por otra parte, reconozco que ningún derecho tenía para obrar de aquella manera, sabiendo, sobre todo, el trabajo que os costara procurarme aquel dinero.

—Deja eso, Rodia. Convencida estoy de que cuanto haces está bien hecho—respondió la madre.

—No estéis tan convencida—replicó él sonriendo.

La conversación se suspendió por algunos momentos. Palabras, silencio, reconciliación, perdones, tenían algo de forzado, como lo notaban todos los presentes.

—¿Sabes, Rodia, que ha muerto Marfa Petrovna?—dijo de repente Pulqueria Alejandrovna.

—¿Qué Marfa Petrovna?

—¡Ah, Dios mío! ¡Pues Marfa Petrovna Svidrigaylof! ¡Te hablé tanto de ella en mi última carta!

¡—Ah-a-ah! Sí, me acuerdo... ¿Ha muerto?—dijo estremeciéndose, como hombre que despierta.—¿Es posible que haya muerto? ¿De qué?

—¡Ha muerto de repente!—apresuróse á responder Pulqueria Alejandrovna, animada á proseguir por la curiosidad que su hijo mostraba.—Murió el día mismo en que te escribí. Aquel hombre temible la mató, según se cree. ¡Se dice que la golpeó despiadadamente!

—¿Ocurrían semejantes escenas entre ellos?—preguntó Rascolnikof á su hermana.

—No; por el contrario, él siempre se le mostraba paciente, hasta cortés. Daba pruebas de gran indulgencia en muchas ocasiones. Esto duró siete años. Pero de pronto perdió la paciencia.

—Entonces, si tuvo paciencia por espacio de siete

años, no es un hombre tan malo. Diríase que le excusas, Dunetchka.

La joven frunció el ceño.

—¡Sí sí; es un hombre terrible! ¡No puedo concebir otro que lo fuera más!—respondió, casi estremeciéndose.

Y tornóse pensativa.

—Tuvieron aquella escena por la mañana—continuó Pulqueria Alejandrovna.—Luego ella dió orden de que engancharan, porque deseaba ir á la ciudad después de comer, como solía en tales ocasiones. Comió, según se dice, con mucho apetito...

—¿Molida á golpes y todo?

—Eso era ya costumbre. Al levantarse de la mesa fué á bañarse, á fin de estar antes pronta para la marcha... Se curaba por medio de la hidroterapia; hay un manantial en su casa, y todos los días se bañaba. En cuanto entró en el agua se apoderó de ella la apoplejía.

—¡Eso no es admirable!—observó Zosimof.

—Había sido maltratada cruelmente por su esposo.

—Pero ¿qué importa eso?—murmuró Advotia Romanovna.

—¡Hum!... Por otra parte, mamá, no veo á propósito de qué contáis tales tonterías—dijo Rascolnikof con súbita contrariedad.

—Pero, hijo mío, si no sé de qué hablar...—confesó sencillamente Pulqueria Alejandrovna.

—Parece que las dos me tenéis miedo—prosiguió él, sonriendo amargamente.

—No te equivocas—replicó Dunia, que fijó en él

una mirada severa.—Cuando subíamos, mamá se per-signó. Tan asustada estaba.

Las facciones del joven se alteraron, como si de pronto fuera presa de una convulsión.

—¿Qué estás diciendo, Dunia? No te enfades, Rodia, te lo suplico... Y tú, Dunetchka, ¿cómo puedes hablar así?—dijo excusándose, toda confusa, Pulqueria Alejandrovna.—Lo cierto es que en el tren no dejé de pensar en la dicha de volverte á ver, de conversar contigo... ¡Me prometía tal dicha, que ni aun me dá cuenta de lo pesado del viaje! ¡Y ahora soy tan feliz, tan feliz á tu lado, Rodia!...

—¡Basta, mamá!—murmuró él con agitación.

Y sin mirar á su madre, la estrechó la mano.

—Tiempo tenemos de hablar—dijo á la vez.

Pronunciadas estas palabras, turbóse y palideció; de nuevo sentía un frío mortal en el fondo de su alma; reconocía que acababa de incurrir en una horrible falsedad, ya que en lo sucesivo no le sería posible hablar francamente ni con su madre ni con nadie. Por el momento, la impresión de aquella idea fué tan viva, que olvidando la presencia de sus huéspedes, el joven se levantó y encaminóse hacia la puerta.

—¿Qué haces?—gritó Razumikin asiéndole de un brazo.

Rascolnikof volvió á sentarse, y paseó su mirada en derredor. Todos le miraban estupefactos.

—¡Pero qué fastidiosos sois todos!—exclamó súbitamente —¡Vamos, decid algo! ¿Por qué permanecer mudos? ¡Hablad! Las personas no se reúnen para callar. ¡Vaya, hablemos!

—¡Dios sea loado! Pensaba que tendría otro acceso como el de ayer—dijo Pulqueria Alejandrovna, que se había santiguado.

—¿Qué tienes, Rodia?—preguntó inquietamente Advotia Romanovna.

—Nada, se me había ocurrido una necedad—respondió.

Y se echó á reír.

—¡Vaya, menos mal si era una necedad! Yo temía...—murmuró Zosimof, levantándose.—Es preciso que os deje; trataré de veros otra vez...

Saludó y salió.

—¡Qué buen hombre!—observó Pulqueria Alejandrovna.

—Sí, es un buen hombre, un hombre de mérito, instruido, inteligente...—dijo Rascolnikof, que pronunció aquellas palabras con animación desusada.—No recuerdo en qué sitio le vi antes de estar enfermo... Creo haberle visto en alguna parte... ¡Otra persona excelente!—agregó, mostrando con un movimiento de cabeza á Razumikin.—Pero ¿á dónde vas?

El aludido acababa, en efecto, de ponerse en pie.

—Debo marcharme también... tengo que hacer...—dijo.

—¡Nada tienes que hacer! Te marchas porque Zosimof se ha despedido. No te vayas... ¿Qué hora es? ¿Las doce? ¡Qué gran reloj tienes, Dunetchka! ¿Por qué seguís calladas? ¡Sólo hablo yo!...

—Es un regalo de Marfa Petrovna—balbuceó Dunia.

—Y ha costado muy caro—agregó Pulqueria Alejandrovna.

—Creía que te provendría de Lugin.

—No, aún no le dió nada á Dunetchka.

—¡Aah! ¿Recordáis, mamá, qué estuve enamorado y quise casarme?—dijo Rascolnikof á su madre, ya asustada por el aspecto imprevisto que tomaba la conversación y por el tono con que su hijo la hablaba.

—Sí, amigo mío—respondió Pulqueria Alejandrovna, cambiando una mirada con Dunia y con Razumikin.

—¡Hum! ¡sí! Mas ¿qué os diré? Tampoco yo me acuerdo mucho de todo aquello. Mi prometida era una joven enfermiza. Le gustaba hacer limosnas, y siempre estaba pensando entrar en un convento; cierto día la vi derramar lágrimas hablando de esto; sí... me acuerdo... me acuerdo de ello muy bien. Era más bien fea que hermosa. Hablando con verdad, no sé por qué me enamoré de ella; es posible que la quisiera porque siempre estaba enferma... Si además hubiera sido coja ó jorobada, con seguridad que la hubiese amado más. (Sonrió pensativamente.) Aquello no tuvo importancia... fué una locura efímera.

—No, no era solamente una locura pasajera—observó Dunetchka con convicción.

Rascolnikof miró fijamente á su hermana; pero ó no oyó, ó no comprendió las palabras de la joven. Luego, con aire melancólico, se levantó, abrazó á su madre y volvió á sentarse.

—¿Todavía la amas?—murmuró con voz conmovida Pulqueria Alejandrovna.

—¿Que si la amo todavía? ¡Ah, sí!... ¡Hablaís de ella! No. Todo aquello lo veo hoy muy lejos de mí...

Pero hace mucho tiempo... Me produce, por otra parte, idéntica impresión cuanto me rodea.

Y contempló atentamente á las dos señoras.

—Por ejemplo: estáis aquí... pues bien, á mí se me figura que os halláis de mí á una distancia de mil "verstas"... ¡Pero el diablo sabe por qué hablamos de esto; ¿A qué preguntarme?—agregó encolerizado.

Luego, silenciosamente, se puso á roerse las uñas y volvió á abismarse.

—¡Qué mal aposento el tuyo, Rodia! Parece una tumba—dijo bruscamente Pulqueria Alejandrovna, queriendo interrumpir un penoso silencio.—Estoy segura de que esta habitación es en parte causa de tu tristeza.

—¿Esta habitación?—repitió él con aire distraído.—Sí, mucho ha contribuído... También pensé yo eso... ¡Si supierais, mamá, qué extraña idea habéis tenido!—agregó con sonrisa enigmática.

Rascolnikof apenas podía soportar la presencia de aquella madre y de aquella hermana, de las que había vivido separado por espacio de tres años, pero con las cuales estimaba imposible toda conversación. Sin embargo, había un asunto entre todos que no sufría demora. Al levantarse, no hacía mucho, se decía que debía decidirse de repente á una ú otra cosa. Feliz se consideró en aquel momento, al encontrar en tal asunto el medio de salir de su embarazo.

—He aquí lo que tengo que decirte, Dunia—comenzó en tono lleno de acritud.—Naturalmente, me excuso por lo ayer acaecido; pero creo deber mío recordarte que mantengo los términos de mi dilema: ó Lugin, ó

yo. Seré un infame, pero tú no debes serlo. Basta con que uno lo sea. Si te casas con Lugin, al punto dejaré de considerarte como hermana mía.

—¡Rodia, Rodia! ¡Vuelves á hablar como ayer!—exclamó Pulqueria Alejandrovna, toda desolada.—¿Por qué te juzgas infame? ¡No puedo soportar eso! Ayer tenías ese lenguaje, y...

—Hermano mío—manifestó Dunia en tono que no cedía en sequedad y acritud al de Rascolnikof,—el desacuerdo que nos separa proviene de un error en que estás. Reflexioné esta noche, y he descubierto en qué consiste. Supones que me sacrifico, y te engañas. Me caso por mi propia voluntad, porque mi situación personal es difícil. Sin duda que después me agradará ser útil á los míos; pero no es ese el motivo principal de mi resolución...

—¡Miente!—pensaba Rascolnikof, que de rabia se mordía las uñas.—¡Orgullosa! ¡No quiere confesar que intenta ser mi bienhechora! ¡Qué arrogancia! ¡Oh, qué caracteres más bajos! Su amor se parece al odio... ¡Cuánto la detesto!

—En una palabra—continuó Dunetchka,—me caso con Pedro Petrovitch, porque entre dos males quiero el menor. Tengo intención de cumplir lealmente cuanto él espera de mí. No le engaño, por tanto. ¿Qué quiere decir tu sonrisa de hace poco?

Se sonrojó, y en sus ojos brilló un relámpago de cólera.

—¿Lo cumplirá todo?—preguntó él sonriendo amargamente.

—Hasta ciertos límites. Veo lo que quiere en el

modo con que Pedro Petrovitch pidió mi mano. Probable es que la opinión que de sí tiene sea demasiado presuntuosa; pero confío en que también sabrá apreciarme... ¿Por qué vuelves á reír?

—¿Y por qué tú te ruborizas otra vez? ¡Mientes, hermana! ¡No puedes apreciar á Lugin! Le he visto, he hablado con él. Te casas por interés, cometes una bajeza, ¡y mucho me agrada ver que, por lo menos, te avergüenzas!

—¡No es verdad, no miento!—exclamó la joven perdiendo su sangre fría. —No me casaré sin estar segura de que él me aprecia, de que me estima; no me casaré sin hallarme plenamente convencida de que á mi vez podré apreciarle. Por fortuna tengo medios para asegurarme de modo perentorio, hoy mismo. ¡Este matrimonio no es una bajeza, como tú dices! Pero aun cuando tuvieras razón, aun cuando realmente estuviera decidida á cometer una bajeza, ¿no sería cruel hablarle de tal manera? ¿Por qué exigir de mí un heroísmo que quizá tú no tengas? ¡Eso es tiranía, violencia! Si perjudico á alguien, será á mí misma... ¡Toda-ya no maté á nadie!... ¿Por qué me miras así? ¿Por qué palideces? ¿Qué tienes? ¡Rodia, querido Rodia!...

—¡Dios mío! ¡Se desmayó! ¡Tú tienes la culpa!—exclamó Pulqueria Alejandrovna.

—No, esto no es nada: una tontería... No me he desmayado... Siempre estáis pensando en desmayos... ¡Hum!... ¿Qué iba á decir? ¡Ah! ¿Cómo te convencerás hoy mismo de que podrás apreciar á Lugin y de

que él... te aprecia? Porque eso ¿verdad? es lo que decías hace poco, si no comprendí mal.

—Mamá, enseñad á mi hermano la carta de Pedro Petrovitch—dijo Dunetchka.

Pulqueria Alejandrovna le alargó el papel con mano temblorosa. Rascolnikof leyó atentamente, y por dos veces, la carta que conocemos. Todos esperaban un estallido. La madre, sobre todo, estaba inquietísima.

Después de pensar un instante, el joven devolvió la carta.

—No comprendo nada—exclamó, sin dirigirse á ninguno en particular.—Perora, es abogado, tiene buena charla; pero escribe como un hombre iletrado.

Tales palabras causaron general estupefacción; no era esto lo que esperaban.

—Pedro Petrovitch no oculta que recibió poca instrucción, y le enorgullece ser hijo de sus obras—dijo la hermana, un poco ofendida por el tono que adoptara Rascolnikof.

—Bueno, tiene razón para enorgullecerse; no digo lo contrario. Pareces enfadada, hermana mía, porque he creído oportuno hacer una frívola observación respecto á esa carta. Tú crees que insisto en semejantes pequeñeces para atormentarte. Lejos de eso; en lo concerniente á su estilo, hice una observación que en el presente caso no tiene la más mínima importancia. La frase: “No podréis quejaros sino á vos misma,” no deja nada que desear desde el punto de vista de la claridad. Además, anuncia su propósito de retirarse inmediatamente, si me encuentra en vuestra casa. Esta amenaza quiere decir que si no le obedecéis, os plan-

tará á las dos, después de haceros venir á San Petersburgo. Bueno, ¿y qué piensas? Viniendo de Lugin, ¿estas palabras pueden ofender tanto como si estuvieran escritas por éste—y mostró á Razumikin,—por Zosimof ó por cualquiera otro?

—No—respondió Dunetchka.—He comprendido bien que ha revelado con demasiada sencillez su pensamiento, y que quizá no es suficientemente hábil en el manejo de la pluma... Tu observación es muy severa, hermano mío. No la esperaba.

—Teniendo en cuenta que escribe como un hombre de negocios, no podía expresarse de otro modo, y quizá no sea culpable, á pesar de haberse mostrado tan grosero. Por otra parte, debo desencantarte un poco; contiene una calumnia contra mí, una calumnia bastante vil. Ayer di algún dinero á una viuda tísica y desgraciada, no, como él escribe, "so pretexto de pagar los funerales," sino para los funerales; y entregué esta suma á la viuda, no á la hija del difunto, "joven, según él, de mala conducta," á quien, por otra parte, vi ayer por vez primera. En todo esto no veo deseos sino de rebajarme á vuestros ojos y de indisponerme con vosotras. Aquí también emplea el estilo jurídico, es decir, que revela claramente su objeto y le persigue sin adornarse con forma alguna. Es inteligente; mas para conducirse con corrección, la inteligencia no basta. Todo esto pinta al hombre, y... no creo que te aprecie mucho. Dicho sea esto para tu edificación, porque sinceramente ansío tu felicidad.

Dunetchka no respondió; su resolución estaba ya tomada; no esperaba otra cosa que la noche.

—¿Qué decides, Rodia?—preguntó Pulqueria Alejandrovna.—Desea que no vayas á casa esta noche, y declara que se marchará... si allí te ve. Por esto te pregunto qué piensas hacer.

—Nada tengo que decidir. Á vos y á Dunia os toca ver si esta exigencia de Pedro Petrovitch tiene algo de ofensiva para vosotras. Yo haré lo que gustéis—dijo fríamente.

—Dunetchka ha resuelto ya la cuestión, y yo opino como ella.

—A mi entender, es indispensable que asistas á la entrevista, Rodia, y te suplico encarecidamente que vayas—dijo Dunia.—¿Irás?

—Sí.

—Os ruego que vayáis también—continuó la joven dirigiéndose á Razumikin.—Mamá invitó igualmente á Demetrio Prokofitch.

—Tienes razón, Dunetchka. Que todo se haga con arreglo á tu deseo—añadió Pulqueria Alejandrovna.—Por mi parte, esto me place; no me gusta fingir ni mentir; es preferible una franca explicación... ¡Pedro Petrovitch es ahora libre de enfadarse, si le conviene!

IV.

La puerta se abrió sin ruido en aquel instante, y una joven entró en el aposento, paseando miradas tímidas en derredor.